

El problema de la invisibilidad y la elocuencia de las pequeñas cosas: reflexiones sobre los puntos fuertes de la investigación cualitativa

Mario Cardano^a

Como citar este artículo:

Cardano M. El problema de la invisibilidad y la elocuencia de las pequeñas cosas: reflexiones sobre los puntos fuertes de la investigación cualitativa [Editorial]. Rev Gaúcha Enferm. 2018;39:e82654. doi: <https://doi.org/10.1590/1983-1447.2018.82654>.

Conocí el mundo académico brasileño - su vivacidad y su calor - en septiembre del año pasado, cuando estuve como invitado en las Universidades de Pelotas, Ribeirão Preto y Porto Alegre para una serie de conferencias sobre la investigación cualitativa relacionada con la traducción al portugués de un trabajo mío⁽¹⁾. Cada viaje deja impreso en la memoria de quien lo realiza un conjunto de recuerdos, en el cual el tiempo interviene, alterando su intensidad y creando nuevas - a veces inesperadas - combinaciones. Esto sucede incluso en la versión más austera del viaje, el viaje de estudio.

Pensando en mi estancia en Brasil y en las razones que me llevaron hasta allá, dos imágenes emergen fuertemente en mi memoria, las poesías de Mário Quintana y la bellísima música de Antonio Carlos Jobim, *Águas de março*. Antes acostadas en mis pensamientos y, ahora que estoy escribiendo, en mi mesa, encuentro la colección de poesías de Mário Quintana *A cor do invisível* y el CD Elis & Tom, que contiene la extraordinaria interpretación de *Águas de março* de Elis Regina y Tom Jobim. Después de mis clases en la Universidad de Porto Alegre, visité la Casa de la Cultura Mário Quintana, construida en el Hotel Majestic que, por muchos años, tuvo como huésped al poeta gaúcho. Entre sus colecciones de poesías, una en particular, me llamó la atención. *A cor do invisível*, la cual, una vez que regresé para Italia, leí en la traducción hecha por Natale Fioretto. Busqué en el índice del texto las poesías, o, por lo menos, la poesía dedicada explícitamente al invisible, pero no la encontré. En un primer momento, me sentí decepcionado, entendí después que de aquel invisible era posible agarrar solamente la sombra, intuir su color y que, cada explícita definición - aun siendo poética - habría traicionado el espíritu de aquel trabajo. El color de lo invisible se recoge al sumergirse en las cosas simples de las que hablan las poesías de Quintana, para después dirigir la mirada más allá, en la tensión hacia su significado. Algo semejante sucede al oír *Águas de março*, según la opinión de Chico Buarque, « el samba más hermoso del mundo »⁽²⁾. Como se sabe, *Águas de março* compone en una rápida sucesión una serie de imágenes que retratan la rutina de la vida brasileña: *el palo, la piedra, un pedazo de pan, el diseño de la casa, el vehículo averiado* y mucho más. En la lírica de Tom Jobim, encontramos el mismo interés por las pequeñas

^a Universidad de Turín. Departamento de Cultura, Política y Sociedad. Turín, Italia.

cosas simples, en el centro de la poética de Quintana, pero también un interesante – por lo menos en la perspectiva de esa reflexión – llamado al tema de la invisibilidad. Entre las imágenes esplendorosas de *Águas de março*, encontramos aquella de Matita-Pereira, un personaje travieso del folklore brasileño, que usa un sombrero mágico que, como el anillo de Gige del cual habla Platón en la República, le permite tornarse invisible. Pues bien, los temas de la invisibilidad y aquel de las pequeñas cosas, de su especial importancia, permiten recoger las peculiaridades de la investigación cualitativa y de eso yo me ocuparé a continuación, antes, sin embargo, me parece oportuno dar una definición breve sobre la investigación cualitativa.

La investigación cualitativa es todo menos un monolito, un conjunto compacto de prácticas de investigación esculpidas en la misma materia teórica y epistemológica. La investigación cualitativa es un conjunto plural de estilos de investigación, diferentes por ascendencia teórica y prácticas de investigación. Indudablemente diferentes unas de las otras, esas maneras de hacer investigación muestran algunas “semejanzas familiares” importantes. Esas semejanzas, además de identificar los trazos relevantes de la investigación cualitativa, ayudan a reconocer lo que la separa de la investigación cuantitativa. Tres me parecen ser los trazos de investigación cualitativa en el que ese aire familiar es mostrado: la armonización de los procedimientos de construcción de datos con el contexto de su uso; la observación aproximada, la multivocalidad de la escritura. En la investigación cualitativa, los procedimientos de construcción de datos asumen configuraciones diferentes de acuerdo con el contexto interactivo en el cual ellos toman forma. La formulación de una pregunta, en una entrevista, sobre la forma como, en el transcurso de una investigación etnográfica, el investigador observará y, hasta cierto punto, participará de una práctica interactiva, variará de un tiempo a otro, armonizándose con los cambios circunstanciales del área. Para colocarlo en un slogan: en la investigación cualitativa, no son los participantes los que necesitan adaptarse al método propuesto, sino es el método el cual debe adaptarse a los participantes. La segunda característica relacionada a la investigación cualitativa es su vocación a una observación aproximada, a un estilo de investigación que prefiere la profundidad de los detalles para la reconstrucción del cuadro general, los estudios intensivos realizados en un número reducido de casos, en lugar de los estudios extensivos. El último trazo que merece ser destacado tiene que ver con el carácter multivocal, polifónico de la escritura con la cual los resultados de una investigación cualitativa son entregados al lector. Con pocas excepciones, los textos que producen los resultados de una investigación cualitativa se basan en una forma de “orquestración” entre la voz del investigador y la de los participantes.

La historia de la ciencia y, por lo tanto, también la historia de las ciencias sociales, es caracterizada por un constante enfrentamiento con el problema paradójico de la observación de lo inexorable. Un nudo ontológico y metodológico que la ciencia enfrentó moviendo dos palancas, la del desarrollo tecnológico y la de la elaboración de conjeturas, de «entidades teóricas», capaces de unir lo observable con lo inobservable. Microscopios cada vez más potentes, el descubrimiento de los rayos X permitieron a la medicina ver lo infinitamente pequeño, superar la barrera de la epidermis y ver dentro de los cuerpos. En la física, el límite entre visible e invisible fue desplazándose progresivamente, pero, ni siquiera en la ciencia más madura fue totalmente cancelado.

En las ciencias sociales, donde la palanca del desarrollo tecnológico tiene poca penetración, el problema del estudio de lo invisible conserva toda la propia relevancia. No es común pensar en nuestras prácticas de investigación en esa perspectiva, pero, de hecho, lo que sabemos sobre la sociedad sí se basa en informaciones relatadas, a fenómenos observables, pero, mucho más consistentemente a fenómenos inobservables. Son observables los comportamientos, por ejemplo, la secuencia de gestos con los cuales hacemos un vendaje a una herida quirúrgica, así como son observables también los productos del comportamiento, el enorme edificio del manicomio de San Pedro, de Porto Alegre, los cuadros de las personas aún internadas en aquellos muros. Es por otro lado, inobservable, invisible, todo aquello que está dentro de la cabeza de quien trabaja en el manicomio y de quien está internado. Los comportamientos, las creencias, los valores, el significado asociado a las propias acciones por la humanidad afligida de los internados y de quien comparte con ellos aquel espacio de atención y custodia. Alguien podría decir: pero, al final, se trata solamente de creencias, de ideas, ¿que impacto pueden tener en el mundo? Pues bueno, aprendemos con los clásicos que aquel impacto es ciertamente relevante. En *El campesino polaco en Europa y América*, publicado en 1968, William Thomas y Florian Znaniecki⁽³⁾ elaboran un concepto fundamental para nuestro trabajo, aquel de «definición de la situación», una categoría cognitiva (los autores la definen actitud) que guía el actuar de los individuos. Al decidir el curso a ser impuesto a las propias acciones, los individuos no reaccionan mecánicamente al ambiente en el cual se encuentran, pero sí, a como ellos lo representan en su mente. De allí el famoso «teorema de Thomas» según el cual si los hombres definen reales ciertas situaciones, ellas serán reales en sus consecuencias. Si yo

estoy convencido de que puedo volar y decido lanzarme de la terraza, aun cuando mi creencia sobre mis capacidades de vuelo sean infundadas, sus (trágicas) consecuencias serán reales. Cuando en la vida de un individuo estalla una grave enfermedad, la manera como esa experiencia será experimentada es la manera en que el paciente reestablecerá los fragmentos de su identidad lastimada, dependerá de las laceraciones que la enfermedad haya marcado en su cuerpo, pero también por el modo en el cual representará la propia condición y elaborará una explicación – cognitiva y moral – de su emerger.⁽⁴⁾

Tener acceso a esos territorios invisibles es, por lo tanto, fundamental y al hacerlo, el investigador social adopta un *modus operandi* que presenta innúmeras analogías con el médico del Siglo XIX. Despojado de los instrumentos de la tecnología médica contemporánea, que permiten observar los órganos internos, el médico del inicio del Siglo XIX llegaba al diagnóstico a través del meticuloso levantamiento de las señales de la enfermedad accesibles a sus ojos y a los síntomas presentados por el paciente. Él tomaba nota, por ejemplo, del estado de la piel y de las mucosas, de las eventuales alteraciones posturales, auscultaba el tórax para saber cuál era la frecuencia cardíaca, para después pedir al paciente que describiese los síntomas que sentía, por ejemplo, una sensación de continua opresión en el pecho o la visión borrosa. Se unían entonces las señales y los síntomas para después proceder, por sucesivas exclusiones (diagnóstico diferencial) a la identificación del síndrome, de aquel estado inobservable, responsable por las señales y por los síntomas detectados. El médico podía contar solamente con un conjunto decididamente rudimentario de instrumentos (normalmente, un estetoscopio y un reloj de pulso), él llegaba al diagnóstico activando una especie de «saber circunstancial»⁽⁵⁾, instituyendo una conexión entre los estados observables y la condición – invisible – de un órgano enfermo. De manera semejante, el investigador social se propone a delinear el perfil de un conjunto de creencias, de recoger el sentido colocado en las acciones combinando un conjunto compuesto de indicios retirados en los comportamientos y, principalmente, en el lenguaje, a través del recurso de la interlocución. Con respecto a eso, es bueno recordar las palabras del antropólogo francés, Dan Sperber⁽⁶⁾, que sobre esos temas dijo lo siguiente.

Es imposible describir bien un fenómeno cultural, una elección, una misa o un juego de fútbol, por ejemplo, sin tomar en cuenta la idea que las personas que participan en esos eventos tienen; pues las ideas no se observan, se comprenden intuitivamente y no se describen, se interpretan⁽⁶⁾.

Al recurrir a esa forma de saber circunstancial, celebrada en la literatura popular por el personaje de Sherlock Holmes, creado por Conan Doyle, emerge – nítida – una diferencia entre el médico del Siglo XIX y el investigador social⁽⁷⁾. En la consulta clínica es razonable asumir que el paciente provee al médico toda la cooperación que puede, dentro de sus capacidades cognitivas y del pudor que, a veces, envuelve las conversaciones sobre el propio cuerpo y sus funciones. Ese grado de cooperación, de *compliance*, está lejos de ser garantizado en el contexto de la investigación social. Es realmente difícil creer que las personas que interpelamos sobre su modo de ver el mundo, sobre sus ideales o, en la imposibilidad de observarlos directamente, sobre sus comportamientos habituales, respondan con el mismo grado de cooperación que tendrían durante una consulta clínica. El sociólogo canadiense Erving Goffman⁽⁸⁾, quien hizo de la interacción en la vida cotidiana el propio objeto de estudio, documentó elocuentemente que lo que más les importa a las personas en las interacciones sociales – y, por lo tanto, también en la interacción constituida con una específica investigación – es «librar la cara», evitar la vergüenza, causar mala impresión, aun cuando para eso sea necesario ajustar un poco las respuestas dadas a un entrevistador o, pulir, bajo la mirada indiscreta de un observador, los aspectos más agudos del propio comportamiento⁽⁸⁾. En resumen, se puede decir que en el estudio de los fenómenos sociales, la cooperación de los participantes es, al mismo tiempo, indispensable e incierta.

Y es en ese terreno, resbaladizo, que la investigación cualitativa ofrece una contribución importante. Sus características distintivas, en particular la armonización al contexto en estudio y la observación aproximada (ver arriba), colocan a la disposición del investigador un rico conjunto de informaciones sobre aquello que se proponen a presentar, *pero también*, sobre el grado de cooperación de los participantes. En una entrevista discursiva, los participantes deben expresarse con las propias palabras, construir los discursos que proveen al investigador y no colocar inmediatamente una “X” en un cuestionario. Al componer sus discursos, al hacerlo imprimiéndoles un específico colorido emotivo, los participantes suministran valiosos indicios⁽⁵⁾ sobre el grado de cooperación prestada. Con la observación repetida, típica de la investigación etnográfica, las informaciones sobre el grado de cooperación de los participantes se tornan aún más ricas. El tiempo pasado

juntos permite al investigador colocar en uso aquellas virtudes investigativas estudiadas por Jack Douglas⁽⁹⁾, la de aprender a superar las barreras que los participantes erigen para proteger las fronteras de su mundo interior¹. Además, el tiempo pasado juntos permite – a veces y no necesariamente – a los participantes atenuar las sospechas en relación al investigador, alimentar una tenue confianza en relación a él y, también en ese caso, la observación aproximada propia de la investigación cualitativa permite verificar en ese cambio de paso, de recoger el aflorar de una forma de cooperación más fuerte. Para concluir ese aspecto, afirmo que la apertura, la flexibilidad, la focalización en pocos casos propios de la investigación cualitativa proveen a la investigación social los instrumentos más prometedores en el estudio de lo invisible, gracias a la disponibilidad de un conjunto rico y compuesto de informaciones sobre la cooperación de los participantes. Hasta aquí, el eco de las sugerencias de Quintana y de su esfuerzo en delinear el color de lo invisible.

La segunda parte de la investigación cualitativa, mencionada anteriormente, aquella de una observación aproximada, más centralizada en enfocar los detalles, as matiz propias de un contexto social la impulsa en dirección al mundo de las pequeñas cosas, evocado por Antonio Carlos Jobim. La investigación cualitativa se ocupa de los aspectos, a veces la mayoría de los minutos, de la vida cotidiana en la convicción de que, como dice un lema zen: «una cosa pequeña no es una pequeña cosa». Esta vocación, la misma que guía la mirada de Tom Jobim en dirección a una piedra, a un pedazo de vidrio o a una espina en la mano, suportó la acusación más común dirigida a la investigación cualitativa, la de ser anecdótica². En mi defensa – deliberadamente afligida – de la investigación cualitativa no pretendo discutir su carácter anecdótico, pero sí celebrarlo. Haré eso proponiendo las reflexiones de Michael Quinn Patton colectadas en la cuarta (y, hasta ahora, última) edición de su manual *Qualitative Research & Evaluation Methods*⁽¹⁰⁾. La tesis de Patton, que hago mía, es que un evento individual, una pequeña cosa sobre la cual se decide fijar la atención puede ser particularmente elocuente, puede derramar luz sobre un conjunto de trazos culturales extremadamente profundos y diseminados. Patton me convence proponiendo un cuento que nos lleva hasta la India colonial.^(10:32) La historia cuenta lo que le sucedió a la Señora Montgomery, que una noche, regresando a casa por una larga carretera, precedida como de costumbre por su empleado, se encontró con una de las serpientes más venenosas de la India. El empleado que había visto lo sucedido, le ordenó a la señora que se detuviese; ella no lo escuchó y el empleado se vio obligado a romper la regla que impedía a los empleados de tocar el cuerpo de los patrones: empujó para atrás a la Señora Montgomery colocándole la mano sobre los hombros. Aun sabiendo que le debía la vida al empleado, la Señora Montgomery estaba determinada a despedirlo, pues, este había irrespetado la sagrada regla que impide el contacto físico entre siervo y patrón. Es evidente que se trata realmente de una pequeña cosa, pero que, sin embargo, dice mucho sobre la cultura de los colonos ingleses de aquella época y de su representación de la población india³. La buena investigación cualitativa se mueve en la dirección indicada por Patton, a la investigación de los cuentos, a la reconstrucción de eventos pequeños, de contextos sociales circunscritos – en una palabra: de pequeñas cosas – a quien confiar la tarea de derramar luz – con autoridad – sobre fenómenos sociales más envolventes. Y a menudo tiene éxito.

¹ El adjetivo “investigativo” hace referencia no a una acepción policial o disciplinar de la investigación social, pero sí al periodismo investigativo, que Douglas ve emblemáticamente representado por Lincoln Steffens, autor de importantes reportajes sobre la corrupción política y económica de América del inicio del Siglo pasado. Lo que Douglas valoriza es, antes de todo, la adopción de una disposición crítica, de una forma de escepticismo sistemático en relación a lo que las personas envueltas en el estudio, y de las cuales conquistamos la confianza, nos dicen y nos permiten observar. Douglas remite el núcleo de esa disposición a una máxima: “existen muchas más cosas dudosas e inmorales de lo que aparecen frente a nuestros ojos”^(9:66).

² Patton relata una entre las expresiones más icásticas de esa crítica con las palabras de Benson: «The plural of anecdote is not evidence»^(10:31).

³ Técnicamente, el cuento comentado en el texto se configura como un «caso crítico»⁽¹⁸⁰⁻³⁾.

■ REFERENCIAS

1. Cardano M. Manual de pesquisa qualitativa: a contribuição da teoria da argumentação, Petrópolis: Vozes; 2017.
2. Cabral S. Antonio Carlos Jobim: uma biografia, São Paulo: Companhia Editora Nacional; 2008.
3. Thomas WI, Znaniecki F. Il contadino polacco in Europa e in America (1918-1920). Milão: Comunità; 1968.
4. Frank A. The wounded storyteller: body, illness and ethics, Chicago: University of Chicago Press; 1995.
5. Ginzburg C. Mitos, emblemas, sinais: morfologia e história. São Paulo: Companhia das Letras; 1989.
6. Sperber D. Le savoir des anthropologues, Paris: Heremann; 1982.
7. Eco U, Sebeok TA. O Signo de três, São Paulo: Perspectiva; 2008.
8. Goffamn E. A representação do eu na vida cotidiana, Petrópolis: Vozes; 2018.
9. Douglas JD. Investigative social research: individual and team field research. Beverly Hills: Sage; 1976.
10. Patton MQ. Qualitative research & evaluation methods. Thousand Oaks: Sage; 2015.